



IMP. S. BACON.

LOS FRANCESES EN EGIPTO.

17 de junio. maestre Hompesch capituló, con la condicion de que se le diese en Alemania un principado ó una pension vitalicia de trescientos mil francos.

Habiendo dejado guarnicion en Malta, Buonaparte siguió adelante, con la fortuna de no encontrarse con Nelson que lo buscaba; y sin ser observado llegó cerca de Alejandria. Despues de un penoso desembarco, sin tener ni un caballo, se lanzó sobre la ciudad de los Tolomeos, declarando que iba á libertarla del yugo de los mamelucos, y se apoderó de ella sin gran resistencia.

Los Coptos, raza primitiva, yacian en la esclavitud y en el envilecimiento. Los Arabes conservaban el aspecto de conquistadores, pero habia entre ellos grande diversidad de condiciones y de cultura. Algunos eran instruidos y en los destinos oficiales representaban la nacion como los jeques; otros muchísimos eran pequeños propietarios; otros, que nada poseian, cultivaban la tierra ajena con el nombre de fellahs; los beduinos vagaban por el desierto traficando y robando. Pero una conquista posterior habia sobrepuesto á estas razas la de los Turcos, la mayor parte de los cuales estaban alistados en las filas de los genizaros, si bien solo unos pocos servian en las milicias del bajá, nombrado y enviado por la corte de Constantinopla. Para que en un país tan lejano y de tanta importancia no se hiciese el bajá independiente, Selim III habia puesto á su lado á los mamelucos, milicia escogida entre los mas gallardos esclavos circasianos, criados en comunidad y sin patria, sin parientes ni otro sentimiento mas que el de la fuerza, y sujetos á la obediencia de veinticuatro beyes, cada uno de los cuales tenia á sus órdenes de quinientos á seiscientos mamelucos, siendo cada mamelucó servido por dos fellahs. Los beyes se mantenian con el producto de las tierras y de muchas contribuciones, de las cuales eran recaudadores los Coptos, agentes, escribientes y espías de los amos de sus amos. Entre los beyes no existia mas distincion que la de la fuerza, abusando de la cual combatian unos contra otros, y no solamente desobedecian al bajá, sino que lo tenían esclavizado y como instrumento negándole hasta el *mirri*, impuesto sobre las propiedades que representaba el derecho de conquista de la Puerta. Era, pues, aquel un Estado feudal, compuesto de indígenas esclavos, y de un pueblo vencedor de estos, y á su vez vencido por una milicia rebelde contra su soberano.

Buonaparte echó de ver que el logro de sus intentos estribaba en abatir el poder de los mamelucos, adversarios de los Franceses, mostrando, sin embargo, respeto á la Puerta, antigua aliada de estos; halagar á los jeques con la esperanza lisonjera de restablecer en su pristino esplendor el nombre árabe, y respetar los bienes, las personas, las mujeres, la religion; conducta inusitada entre los conquistadores de aquella parte del globo. Proclamó, pues, en estilo oriental, que la Francia queria reprimir las

piraterías de los beyes; que sabia respetar mejor que los mamelucos á Mahoma y al Corán, y añadió: *Nosotros los Franceses somos verdaderos musulmanes, y así hemos destruido el poder del papa que proclamaba la guerra contra ellos y el de los caballeros de Malta que creian que Dios los mandaba hostilizarlos* (1).

Por consiguiente, ningun cambio hizo en Alejandria, contentándose con establecer una municipalidad, nombrar recaudadores de los impuestos, y poner la ciudad en actitud de defensa; hecho lo cual salió para el Cáiro. Caminando por un desierto sin fin de arena movediza, bajo un cielo ardiente, sin agua, sin sombra, sin verdor, murmuraban los vencedores de Italia, y apenas bastaba la confianza que tenían en Buonaparte para hacerles sufrir con paciencia aquellos trabajos inusitados. Murad-Bey habia reunido á los mamelucos delante de la inmensa ciudad; pero estos, si bien resueltos en el combate, no sabian resistir el fuego perseverante de aquellos veteranos, animados por un general en quien confiaban. Desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan, les dijo, y sus soldados correspondieron á la esperanza que habia fundado en ellos, no dejando á los mamelucos derrotados otra venganza mas que la de quemar sus riquezas. Sin embargo, quedó bastante para enriquecer á todos los guerreros, los cuales en el Cáiro encontraron comodidades y deleites, caballos árabes y camellos, y asistieron á las fiestas musulmanas, en que Buonaparte rezaba las oraciones mahometanas edificando con su devocion. Con los sabios que habia llevado consigo bajo la presidencia de Monge, formó el Instituto de Egipto, encargado de hacer la descripcion del país, sondear sus misterios y proponer lo que conviniese á su prosperidad. El ingeniero Heyre, el general Andreossi, Lefevre y Malus examinaron los lagos y los canales; Arnolet y Champy los minerales de las riberas del Golfo Árabe; Delisle las plantas del delta; Savigny los insectos del desierto; Regnault analizó el agua del Nilo; Berthollet el aire del Cáiro; Costad las arenas del desierto; Nouet y Mechain determinaron las latitudes; Denon dibujó los monumentos del Alto Egipto, y se descubrieron la inscripcion de Rosetta, y los zodiacos de Denderah y de Esneh, fuentes despues de tantas discusiones eruditas y filosóficas.

Quedaba por conquistar el Alto Egipto; pero la fortuna no siempre quiso mantenerse fiel á quien tanto confiaba en ella. La escuadra no pudiendo entrar en el puerto de Alejandria, habia anclado y casi encallado en la rada de Abukir. Allí la alcanzó Nelson y la atacó; Brueys murió en el combate; el navío *Oriente* fué incendiado y la escuadra quedó destruida: golpe irreparable que dejaba el ejército de Egipto sin comunicaciones, sin apoyo, sin esperanza de imponer la paz á la Puerta, la cual

Batalla de las Pirámides. 21 de julio.

Batalla de Abukir 1º de agosto

(1) Tomo I, pág. 494.

entonces, instigada por los Ingleses, declaró la guerra á Francia y se armó para reconquistar el Egipto. La acogida que á pesar de los tratados tuvo la escuadra de Nelson en Nápoles, fué un verdadero triunfo: creyóse á Buonaparte irremisiblemente perdido, y por lo mismo se encrudecieron, con la esperanza de vencer, los rencores inexorables de los príncipes europeos, y especialmente de los de Italia.

### CATÍPULO VII

Desastres. — Caída del Directorio.

Pablo II  
de  
Rusia,  
15 de  
noviem-  
bre.  
1796.

Catalina II, que por espacio de treinta y cuatro años estuvo dirigiendo segun su entender y su capricho los destinos del Norte, habia muerto (16 de noviembre de 1796), y su sucesor Pablo Petrowich habia subido al trono. Este emperador dispuso que los funerales de Catalina fuesen una especie de reparacion á Pedro III, asesinado por ella; y así, sacándolo de la tumba le hizo pomposas exequias, lo depositó al lado de Catalina y mandó que asistiera al entierro Orlof, uno de sus asesinos. La oposicion que siempre habian encontrado sus deseos en una madre que no le tenia amor, habia inspirado á Pablo mayor ansia de ejercer una autoridad ilimitada, y que él todavia exageró hasta la extravagancia. Así la omision de las mas pequeñas formalidades era considerada en su tiempo como delito, y castigada severísimamente. Prohibió el uso de los sombreros redondos y de los pantalones; mandó que sobre las puertas de las tiendas no se pusiese la palabra *almacen*, palabra reservada para los edificios que contenian las provisiones destinadas á la casa imperial, y vedó la circulacion de las *Advertencias al pueblo* escritas por Tissot, diciendo que el pueblo no tenia necesidad de advertencias: puerilidades risibles, si detras de ellas no apareciesen siempre el verdugo, el palo y la Siberia.

Receloso de los Franceses y de todos sus escritos, acogió á los emigrados y los socorrió con pensiones, pero decretó que fuesen de dos en dos á misa, que comulgasen por Pascua, y que los sacerdotes no los absolvieran sino en estado de gracia. Sin embargo, no pensó en castigar ni arruinar á los que podian desagradarlo, y prefirió el uso de la recompensa al del castigo. Proveyó tambien á las necesidades de la capital en materia de granos, y derogó el ukase que destinaba al servicio de las armas á un hombre por cada ciento; devolvió la libertad á catorce mil Polacos desterrados por Catalina á las provincias asiáticas, restituyó á la orden de Malta los bienes que le habia secuestrado y reformó el ejército, quitando muchos abusos, entre ellos el que cometian los oficiales, cuyo número era grande, valiéndose de los soldados para el servicio doméstico.

Catalina se habia obligado á dar sesenta y cinco mil hombres al Austria, pero habiendo

tratados pendientes entre Austria y Francia, quiso Pablo mantenerse á la expectativa, hasta que al fin Londres y Viena supieron hacerle renuncia á la neutralidad. Elegido protector de la orden de Malta, creyó poder llegar á ser jefe de la amenazada nobleza europea; tomó á sueldo el cuerpo de emigrados de Condé, y se propuso restablecer en Europa el antiguo orden de cosas. Pero el imperio germánico habia padecido demasiado, y si los despojados anhelaban la guerra, los demas la temian, conociendo que no podian fiarse de Austria. Esta deseaba ardentemente renovar el combate, y ponía su esperanza en los tratados que se estaban negociando en Rastadt; entretanto sondeaba las disposiciones de las demas potencias, y Berlin llegó á ser el centro de las intrigas. La Prusia, sin embargo, obraba con mucha cautela, temiendo que desde Holanda ó Francia se difundiese por sus Estados el contagio revolucionario.

En los países conquistados las promesas de los Franceses habian sido mucho mas generosas que los hechos, y el gobernar tales países era muy difícil despues de proclamadas las ideas de libertad y de igualdad, que el pueblo entendia en el sentido mas amplio y material. En Italia el desorden era grande, habiendo tantos que se crefan con derecho para mandar y no hallándose ninguno que se creyera en la obligacion de obedecer. Los pueblos estaban descontentos de sus gobiernos municipales; estos lo estaban de sus ejércitos y de los embajadores de Francia; los reyes, al ver que las Repúblicas robaban, levantaban empréstitos forzosos, y los republicanos querian conmovier países que aun se hallaban en estado de servidumbre.

En la cisalpina habia sucedido á Berthier en el mando militar el general Brune, y el ejército secundaba las exageraciones de los jacobinos, que predominaban en los consejos y en las legiones lombardas mandadas por Lahoz. Los oficiales trataban al pueblo á haqueta como en país conquistado, exigiendo é imponiendo contribuciones sin alegar motivo alguno. Hacíanse escandalosos contratos con los comisarios de guerra: la sociedad de los contratistas de provisiones retribuía con el cuatro por ciento al estado mayor, y en los estados de la fuerza aparecia doble número de soldados del que existia en realidad; todo lo cual lo pagaba el pueblo. La extremada division del país en pequeños departamentos multiplicaba los empleados y los gastos: el número de representantes era inmenso, inexplicable la voracidad de los depredadores. La Francia estrechó su alianza con la cisalpina, obligándose á mantener en ella un cuerpo de defensa, y sujetándose la cisalpina por su parte á pagar 18.000.000 de francos al año. Si contra estas exigencias se hacian objeciones, se decia que habiendo creado la Francia aquella República, podia destruirla, y que no se daba la libertad á los Italianos por su linda cara. Pero habiéndose aumentado grandemente en aquella República el amor á la independencia, se gri-

taba en alta voz contra los agravios inferidos por la Francia, y se desaprobaba una alianza tan onerosa; por lo cual los Franceses acordaron restringir en sentido aristocrático la constitucion, decreto que fué apoyado por los Italianos ambiciosos ó vengativos.

El director Barras participaba de las ganancias ilícitas de los comisarios de guerra, y daba oídos é inspiraciones á todos los exagerados; pero los demas directores eran hombres probos, y Reveillére hizo decretar que pasara á Milan un embajador de Francia, y modificase la constitucion. En su consecuencia, fué enviado Trouvé, jóven ingenioso y entusiasta; pero los patriotas previendo que iban á ser excluidos de los empleos, cuyo número trataba de disminuirse, levantaron el grito y se apoyaron en los funcionarios, que entonces se convirtieron en partido de oposicion al embajador y á los moderados. Sin embargo Trouvé, desplegando toda su autoridad, sometió á los descontentos y dió una nueva constitucion, en la cual se redujo á la mitad el número de individuos de los consejos, designándose cuáles eran los que habian de quedar, y se organizó el sistema de impuestos. A pesar de esto, habiéndole sucedido Fouché, patriota turbulento y cómplice de Barras, todo lo puso otra vez en desorden, dejando obrar á Brune y á las bayonetas, por lo cual en breve lo destituyó el Directorio y lo reemplazó Joubert, que restableció las órdenes de Trouvé. Estos cambios ocasionaban siempre nuevos disgustos, y hacian patente nuestra esclavitud; así es que indignados muchos, formaron un partido que queria la emancipacion sin auxilio extraño, y Pino, Lahoz, Teulie, Birago y otros fundaron la sociedad de los rayos, cuyo centro era Bolonia, y que aspiraba á la independencia.

En Roma se formó mejor la constitucion, y los nombres de cónsules, Senado, tribunos, halagaban la imaginacion con los recuerdos inmortales de un tiempo que pasó. Pero el pueblo no sabia acomodarse á este nuevo régimen; los empleados querian tener sus vacaciones como en lo antiguo; se apreciaban los empleos, pero no agradaban las pesadas obligaciones que iban unidas á ellos: las rentas públicas, bien administradas, no daban ya lugar á depredaciones, y la insolencia militar tenia su freno en un consejo cuya autoridad gustaba muy poco á los estados mayores. Los descontentos encontraban apoyo en el Directorio mismo, principalmente en Luciano Buonaparte, deseoso de hacer necesario al héroe su hermano, y de aquí nacieron disensiones prontas á estallar en los primeros desastres.

En efecto, los enemigos de Francia se armaban por todas partes y la diplomacia inglesa con pasmosa habilidad tejia una coalicion muy extravagante entre Inglaterra, Rusia y Nápoles. Fernando IV, rey de este país, hacia cuatro años que estaba arruinándolo con mantener un ejército de sesenta mil hombres inútiles, multiplicando las gabelas para sostenerlo, creando con profu-

sion papel moneda, arrebatando hombres y animales á la agricultura para hacerles morir de tedio y enfermedades. Lamentábase amargamente de la ocupacion de Malta y del estado de Roma, en la cual queria por sí solo restablecer el antiguo orden de cosas. Vista la larga lista de sus pros-critos, el marques del Gallo le dijo: « Mandadles hacer un viaje á Francia, y si van » jacobinos, volverán realistas. » Pero Fernando era excitado á usar de rigor por Nelson, á quien detenian en Nápoles los atractivos de lady Emma Leona, jóven que habia sido ramera en Inglaterra y servido de modelo á los pintores, ántes que el embajador Hamilton se hiciese su marido connivente y aun algo mas. Fernando solicitaba del Piamonte y de la Toscana que se le unieran para atacar á Francia. El príncipe Belmonte Pignatelli, su general, escribió á Priocca, ministro del rey del Piamonte, preguntándole por qué tardaba su soberano en romper unos pactos que le habian sido impuestos por la fuerza. « ¿Acaso, decia, puede calificarse de asesinato » el exterminio de nuestros tiranos? Los Fran- » ceses están esparcidos por el país y lo recor- » ren sin recelo. Excitad los furios del pueblo » y haced que cada Piamontes se prepare para » matar á un enemigo de la patria. Estas muer- » tes parciales valdrán mas que muchas bata- » llas ganadas, y la justa posteridad no podrá » dar el nombre de asesinatos á los actos vigo- » rosos de un pueblo, que sobre los cadáveres » de sus opresores marcha á recobrar la liber- » tad. »

Esta comunicacion (si es que no fué fingida de propósito), dícese que fué interceptada por los Franceses; y publicada, dió pretexto al Directorio para ocupar la ciudadela de Turín (noviembre de 1798), mientras los patriotas multiplicaron sus esfuerzos para insurreccionar al país. Pero Austria avisaba que se iba á poner en marcha con sesenta mil hombres y con los Rusos á su retaguardia; Nápoles se proponia presentarse en campaña con cuarenta mil, y los Ingleses prometian suministrar dinero y armas, infestando entretanto las costas. Nápoles reunió á toda prisa setenta y cinco mil hombres, pero tuvo precision de buscar un general extranjero, que fué el austriaco Mack. Por disposicion de este se movieron las tropas dividiéndose en tres cuerpos, uno destinado á cortar la retirada hácia la cisalpina por Ancona, otro que debia proteger la Toscana, cuyo puerto de Liorna iba á ser ocupado por las escuadras inglesa y portuguesa, y otro que con Fernando esperaba entrar triunfante en Roma. El ejército frances de Roma, mandado por Championnet, estaba esparcido acá y allá para vivir sobre el país, y así los Napolitanos habrian podido sorprenderlo y sacar de este modo al Austria de su perjudicial vacilacion. En efecto, si Mack se hubiera adelantado situándose entre Roma y Terni, habria separado el ala derecha de la izquierda de los Franceses, y venciéndolos separadamente, habria sujetado média Italia. Pero

30 de  
agosto.

Italia.

1799.

23 de  
marzo.